

ACTO I



CUADRO I

Habitación pintada de amarillo.

NOVIO.- *(Entrando.)* Madre.

MADRE.- ¿Qué?

NOVIO.- Me voy.

MADRE.- ¿Adónde?

NOVIO.- A la viña. *(Va a salir.)*

MADRE.- Espera.

NOVIO.- ¿Quieres algo?

MADRE.- Hijo, el almuerzo.

NOVIO.- Déjalo. Comeré uvas. Dame la navaja.

MADRE.- ¿Para qué?

NOVIO.- (*Riendo.*) Para cortarlas.

MADRE.- (*Entre dientes y buscándola.*) La navaja, la navaja... Malditas sean todas y el bribón que las inventó.

NOVIO.- Vamos a otro asunto.

MADRE.- Y las escopetas y las pistolas y el cuchillo más pequeño, y hasta las azadas y los bieldos de la era.

NOVIO.- Bueno.

MADRE.- Todo lo que puede cortar el cuerpo de un hombre. Un hombre hermoso, con su flor en la boca, que sale a las viñas o va a sus olivos propios, porque son de él, heredados...

NOVIO.- (*Bajando la cabeza.*) Calle usted.

MADRE.- ... y ese hombre no vuelve. O si vuelve es para ponerle una palma encima o un plato de sal gorda para que no se hinche. No sé cómo te atreves a llevar una navaja en tu cuerpo, ni cómo yo dejo a la serpiente dentro del arcón.

NOVIO.- ¿Está bueno ya?

MADRE.- Cien años que yo viviera, no hablaría de otra cosa. Primero tu padre, que me olía a clavel y lo disfruté tres años escasos. Luego tu hermano. ¿Y es justo y puede ser que una cosa pequeña como una pistola o una navaja pueda acabar con un hombre, que es un toro? No callaría nunca. Pasan los meses y la desesperación me pica en los ojos y hasta en las puntas del pelo.

NOVIO.- (*Fuerte.*) ¿Vamos a acabar?

MADRE.- No. No vamos a acabar. ¿Me puede alguien traer a tu padre? ¿Y a tu hermano? Y luego el presidio. ¿Qué es el presidio? ¡Allí comen, allí fuman, allí tocan los instrumentos! Mis muertos llenos de hierba, sin hablar, hechos polvo; dos hombres que eran dos geranios... Los matadores, en presidio, frescos, viendo los montes...

NOVIO.- ¿Es que quiere usted que los mate?

MADRE.- No... Si hablo es porque... ¿Cómo no voy a hablar viéndote salir por esa puerta? Es que no me gusta que lleves navaja. Es que... que no quisiera que salieras al campo.

NOVIO.- (*Riendo.*) ¡Vamos!

MADRE.- Que me gustaría que fueras una mujer. No te irías al arroyo ahora y bordaríamos las dos cenefas y perritos de lana.

NOVIO.- (*Coge de un brazo a la MADRE y ríe.*) Madre, ¿y si yo la llevara conmigo a las viñas?

MADRE.- ¿Qué hace en las viñas una vieja? ¿Me ibas a meter debajo de los pámpanos?

NOVIO.- (*Levantándola en sus brazos.*) Vieja, revieja, requetevieja.

MADRE.- Tu padre sí que me llevaba. Eso es buena casta. Sangre. Tu abuelo dejó a un hijo en cada esquina. Eso me gusta. Los hombres, hombres; el trigo, trigo.

NOVIO.- ¿Y yo, madre?

MADRE.- ¿Tú, qué?

NOVIO.- ¿Necesito decírselo otra vez?

MADRE.- (*Seria.*) ¡Ah!

NOVIO.- ¿Es que le parece mal?

MADRE.- No.

NOVIO.- ¿Entonces?...

MADRE.- No lo sé yo misma. Así, de pronto, siempre me sorprende. Yo sé que la muchacha es buena. ¿Verdad que sí? Modosa.

Trabajadora. Amasa su pan y cose sus faldas, y siento, sin embargo, cuando la nombro, como si me dieran una pedrada en la frente.

NOVIO.- Tonterías.

MADRE.- Más que tonterías. Es que me quedo sola. Ya no me quedas más que tú, y siento que te vayas.

NOVIO.- Pero usted vendrá con nosotros.

MADRE.- No. Yo no puedo dejar aquí solos a tu padre y a tu hermano. Tengo que ir todas las mañanas, y si me voy es fácil que muera uno de los Félix, uno de la familia de los matadores, y lo entierran al lado. ¡Y eso sí que no! ¡Ca! ¡Eso sí que no! Porque con las uñas los desentierro y yo sola los machaco contra la tapia.

NOVIO.- (*Fuerte.*) Vuelta otra vez.

MADRE.- Perdóname. (*Pausa.*) ¿Cuánto tiempo llevas en relaciones?

NOVIO.- Tres años. Ya pude comprar la viña.

MADRE.- Tres años. Ella tuvo un novio, ¿no?

NOVIO.- No sé. Creo que no. Las muchachas tienen que mirar con quién se casan.

MADRE.- Sí. Yo no miré a nadie. Miré a tu padre, y cuando lo mataron miré a la pared de enfrente. Una mujer con un hombre, y ya está.

NOVIO.- Usted sabe que mi novia es buena.

MADRE.- No lo dudo. De todos modos, siento no saber cómo fue su madre.

NOVIO.- ¿Qué más da?

MADRE.- (*Mirándole.*) Hijo.

NOVIO.- ¿Qué quiere usted?

MADRE.- ¡Que es verdad! ¡Que tienes razón! ¿Cuándo quieres que la pida?

NOVIO.- (*Alegre.*) ¿Le parece bien el domingo?

MADRE.- (*Seria.*) Le llevaré los pendientes de azófar, que son antiguos, y tú le compras...

NOVIO.- Usted entiende más...

MADRE.- Le compras unas medias caladas, y para ti dos trajes... ¡Tres! ¡No te tengo más que a ti!

NOVIO.- Me voy. Mañana iré a verla.

MADRE.- Sí, sí; y a ver si me alegras con seis nietos, o los que te dé la gana, ya que tu padre no tuvo lugar de hacérmelos a mí.

NOVIO.- El primero para usted.

MADRE.- Sí, pero que haya niñas. Que yo quiero bordar y hacer encaje y estar tranquila.

NOVIO.- Estoy seguro de que usted querrá a mi novia.

MADRE.- La querré. (*Se dirige a besarlo y reacciona.*) Anda, ya estás muy grande para besos. Se los das a tu mujer. (*Pausa. Aparte.*) Cuando lo sea.

NOVIO.- Me voy.

MADRE.- Que caves bien la parte del molinillo, que la tienes descuidada.

NOVIO.- ¡Lo dicho!

MADRE.- Anda con Dios.

(Vase el NOVIO. La MADRE queda sentada de espaldas a la puerta. Aparece en la puerta una VECINA vestida de color oscuro, con pañuelo a la cabeza.)

Pasa.

VECINA.- ¿Cómo estás?

MADRE.- Ya ves.

VECINA.- Yo bajé a la tienda y vine a verte. ¡Vivimos tan lejos!...

MADRE.- Hace veinte años que no he subido a lo alto de la calle.

VECINA.- Tú estás bien.

MADRE.- ¿Lo crees?

VECINA.- Las cosas pasan. Hace dos días trajeron al hijo de mi vecina con los dos brazos cortados por la máquina. *(Se sienta.)*

MADRE.- ¿A Rafael?

VECINA.- Sí. Y allí lo tienes. Muchas veces pienso que tu hijo y el mío están mejor donde están, dormidos, descansando, que no expuestos a quedarse inútiles.

MADRE.- Calla. Todo eso son invenciones, pero no consuelos.

VECINA.- ¡Ay!

MADRE.- ¡Ay! *(Pausa.)*

VECINA.- *(Triste.)* ¿Y tu hijo?

MADRE.- Salió.

VECINA.- ¡Al fin compró la viña!

MADRE.- Tuvo suerte.

VECINA.- Ahora se casará.

MADRE.- (*Como despertando y acercando su silla a la silla de la VECINA.*)
Oye.

VECINA.- (*En plan confidencial.*) Dime.

MADRE.- ¿Tú conoces a la novia de mi hijo?

VECINA.- ¡Buena muchacha!

MADRE.- Sí, pero...

VECINA.- Pero quien la conozca a fondo no hay nadie. Vive sola con su padre allí, tan lejos, a diez leguas de la casa más cerca. Pero es buena. Acostumbrada a la soledad.

MADRE.- ¿Y su madre?

VECINA.- A su madre la conocí. Hermosa. Le relucía la cara como a un santo; pero a mí no me gustó nunca. No quería a su marido.

MADRE.- (*Fuerte.*) Pero ¡cuántas cosas sabéis de las gentes!

VECINA.- Perdona. No quisiera ofender; pero es verdad. Ahora, si fue decente o no, nadie lo dijo. De esto no se ha hablado. Ella era orgullosa.

MADRE.- ¡Siempre igual!

VECINA.- Tú me preguntaste.

MADRE.- Es que quisiera que ni a la viva ni a la muerta las conociera nadie. Que fueran como dos cardos, que ninguna persona los nombra y pinchan si llega el momento.

VECINA.- Tienes razón. Tu hijo vale mucho.

MADRE.- Vale. Por eso lo cuido. A mí me habían dicho que la muchacha tuvo novio hace tiempo.

VECINA.- Tendría ella quince años. Él se casó ya hace dos años con una prima de ella, por cierto. Nadie se acuerda del noviazgo.

MADRE.- ¿Cómo te acuerdas tú?

VECINA.- ¡Me haces unas preguntas!...

MADRE.- A cada uno le gusta enterarse de lo que le duele. ¿Quién fue el novio?

VECINA.- Leonardo.

MADRE.- ¿Qué Leonardo?

VECINA.- Leonardo el de los Félix.

MADRE.- (*Levantándose.*) ¡De los Félix!

VECINA.- Mujer, ¿qué culpa tiene Leonardo de nada? Él tenía ocho años cuando las cuestiones.

MADRE.- Es verdad... Pero oigo eso de Félix y es lo mismo (*entre dientes*) Félix que llenármeme de ceno la boca (*escupe*) y tengo que escupir, tengo que escupir por no matar.

VECINA.- Repórtate. ¿Qué sacas con eso?

MADRE.- Nada. Pero tú lo comprendes.

VECINA.- No te opongas a la felicidad de tu hijo. No le digas nada.
Tú estás vieja. Yo, también. A ti y a mí nos toca callar.

MADRE.- No le diré nada.

VECINA.- *(Besándola.)* Nada.

MADRE.- *(Serena.)* ¡Las cosas!...

VECINA.- Me voy, que pronto llegará mi gente del campo.

MADRE.- ¿Has visto qué día de calor?

VECINA.- Iban negros los chiquillos que llevan el agua a los segadores. Adiós, mujer.

MADRE.- Adiós. *(Se dirige a la puerta de la izquierda. En medio del camino se detiene y lentamente se santigua.)*

TELÓN